

XVII. DE LA ACCIÓN QUE ES EL ALMA DE LAS PALABRAS

La acción que es una parte de la división desta elocuencia del cuerpo de que habemos hablado, se debe también mucho considerar siendo como es el alma de todas las pláticas que hacemos. En efecto, nuestras palabras padecen si no son socorridas y se ven muchas personas en la boca de las cuales las más hermosas cosas parecen ser muertas o a lo menos son tan frías que no tocan nada, y otras saben avivar las menores con tanta gracia que dan deleite a los que las entienden.

XVII-a-Del tono de la voz

Pero en fin, para vencer dos sentidos de un golpe y de sitiar igualmente los ingenios por los ojos y por las orejas, conviene paramientes muy exactamente que el sonido de la voz no tenga nada ni de duro, ni de agrio, ni de confuso, ni de muy vistoso, ni de muy delgado. Pero que sea dulce, claro, distinto, lleno y limpio de manera que penetre fácilmente hasta dentro del alma sin hallar ninguna resistencia a la entrada.

XVII-b-Del meneo

El meneo y los gestos es una parte de la acción exterior por la cual se puede hacer agradable. Consiste en una justa situación de todo el cuerpo de la cual se forma este buen meneo que las mujeres alaban tanto en los hombres. Pero ella recibe toda su perfección de los movimientos del rostro que debe ser siempre sereno, risueño y recibiendo a todo el mundo con dulzura y cortesía. Y cierto se puede decir que es el rostro que domina en la postura exterior pues que es el que ruega, el que amenaza, el que lisonjea, que da testimonio de nuestros regocijos y de nuestras tristezas y dentro del cual se leen nuestros

pensamientos antes que nuestra lengua tenga espacio de exprimirlos. Los ojos sobretodo hacen bien este oficio de la palabra y es por ellos que nuestra alma se resbala bien a menudo fuera de nosotros y que se muestra desnuda a los que la velan para hurtarle el secreto.

XVII-c-Del ademán

Las manos son aún muy elocuentes y son ellas propiamente que hacen los ademanes de que se sirven para encender la acción, las cuales con todo eso deben ser muy moderadas. Las otras partidas ayudan mucho a los que hablan pero se puede decir en alguna manera de las manos que hablan ellas mismas. Porque es por ellas casi tan a menudo como con la lengua se pide, se pregunta, se propone, se llama, se vuelve a enviar y se niega. Y finalmente que se exprime un tan gran número de cosas diferentes que en esta tan extraña diversidad de lenguajes de tantas naciones de que la tierra es habitada, parece que la naturaleza haya reservado el de las manos sólo para hacerlo común entre todos los hombres.

XVII-d-Que se deben respetar las mujeres

Demás de todos estos cuidados que se ponen a hacer el exterior agradable el primer y principal precepto que debe observar el que quiere agradar a las mujeres es de honrarlas con todos los respetos y todas las sumisiones que le sean posibles y convenientes. Es un efecto de su flojedad de ser una condición altiva como ellas son y les parece que usurpando esta autoridad que toman sobre los hombres ellas remedian en alguna manera la falta natural de su poca fuerza. Y por tanto se ve que todas las acciones que les atestiguan de la obediencia y de respeto les son tan agradables y que los tales son ordinariamente en sus buenas gracias mucho mejor que saben más humillarse y someterse en su presencia.

XVII-e-De la complacencia entre las mujeres

Quien podría no debería nunca traer este tráfago sino destas palabras de seda con que los reyes se entretienen. Y todos aquellos que (como se dice) no sabrían jamás hablar sino a caballo, deberían pasar su camino para ir a la guerra, sin pararse junto de las mujeres. Este sexo es muy dulce y muy apacible para poder sufrir durezas y riñas. Todo lo que es, tanto sea poco feroz lo espanta y la menor cosa que le contraria lo echa fuera. Las más hábiles dellas tienen el ingenio tierno para picarse de las más pequeñas contestaciones que se ponen a sus sentimientos y que encuentran su espíritu. De manera que los que no tienen ninguna fuerza a someterse a sus voluntades y a sus opiniones no sabrían nunca estar mal con ellas ni faltar de ser estimados. En fin, es aquí que todas las reglas de la más delicada complacencia se deben poner en práctica y que las más humildes sumisiones son de buena gracia a cualquiera que sea. Cierto que no es solamente por las razones que se alegan de ordinario que las mujeres sean honradas como son de gente honrada¹.

XVII-f-Razones por que se deben honrar las mujeres

Porque si no fuese como se dice que por el placer que se recibe con ellas que las sobrellevan tanto, los amancebados harían mayor estima. Si no fuese también que en consideración de que ellas conservan nuestra especie no habría sino los filósofos y los que meditan sobre los principios y las causas universales de las cosas que las estimarían. O bien aún si no fuese por reconocer el trabajo que ellas tienen en traernos nueve meses en su vientre, de sacarnos al día, de sustentarnos y sobrellevar las faltas de nuestra niñez y algunas veces de nuestras edades enteras, me parece que no deberíamos

¹ Castiglione, 1994: III.

estos vasallajes que hacemos a su sexo sino a nuestras madres particularmente.

XVII-g-Que la virtud de las mujeres es la misma que la de los hombres

Pero es su virtud propia que respetamos, la cual tiene aún más encantos para hacerse admirar que está acompañada de las Gracias y como esclarecida de los rayos de la hermosura. En efecto ella no es en nada diferente a la de los hombres y Plutarco a causa de obstinarse y sostener que ella es la misma y probarlo, como hace, por un gran número de ejemplos donde parece que quiera poner en comparación las más altas acciones de los hombres con las de las mujeres y conferir sus vidas como cuadros trasladados de una misma mano sobre un mismo original. Y después de todo, si la magnificencia (dísele) de la reina Simiramis es también de muestra como la del rey Sesotris. Si la prudencia de Tanaquilla no es nada menor que la del rey Servius. Si la Porcia iguala la fuerza del animo de Brutus. O si la de Timóclea no ceda nada a la magnanimidad de Pelopidas. ¿Por qué las honras de la misma manera y no les darán el premio con las mismas alabanzas? Que si se encuentra alguna diferencia no es en la natura de la virtud, pero en la de las personas que ejercitan, que no siendo de la misma condición, la practican también de diversa manera. Aquiles era valiente de una manera y Ajax de otra. La prudencia de Ulises no era semejante a la de Néstor y Catón no era justo como lo era Agesilaus. Irene también no amaba a su marido de la misma manera que Alcestis amaba el suyo. Ni Cornelia no era generosa así como era Olimpia. Esto no se concluye por eso que haya ni muchos valedores ni muchas prudencias, ni muchas injusticias, ni que cada una destas virtudes se pueda multiplicar en diversas especies. Pero se puede tirar de todo lo que venimos de decir que la generosidad de las mujeres es la misma que la de los hombres y que la diferencia de su sexo no hace ninguna de sus virtudes.

XVII-h-Cuanto son necesarias las mujeres en la Corte

A esto conviene añadir que sin ellas las más hermosas cortes del mundo quedarían tristes y dolientes, sin ornamento, sin esplendor, sin regocijo y sin ninguna manera de bizarría. Y conviene conceder que es su sola presencia que despierta los espíritus, pica la generosidad de todos los que tienen algunos sentimientos. Siendo esto verdad, como lo es, que son los hombres harto tontos, que podrían rehusar respetos y honras a las que les dan de la gloria o a lo menos que los inspiran el deseo de adquirirlas. Pues estos respetos consisten en una cierta expresión de humildad y de reverencia por ademanes o palabras que dan testimonio de una extraordinaria estima que hacemos de las personas con quien usamos.

XVII-i-De los cuidados que conviene tener de las mujeres

También se exprimen por las acciones y hay mil pequeños cuidados y otros tantos pequeños servicios que se hacen a las mujeres que siendo hechos a tiempo y reiterados a menudo hacen en fin sobre sus espíritus mucho más fuertes impresiones que los que las importantes mismos de que las ocasiones no se ofrecen sino muy raramente. Los que son enamorados no han menester aquí mis preceptos, pues que no tienen ya sino demasiados amos y perniciosos en este arte y no son sino muy inventores de sí mismos para cultivar su locura. Pero cuánto es digna de lástima una mujer honrada, de quien la hermosura ha tenido la desdicha de hacer nacer esta pasión dentro de un alma mal compuesta y llena de indiscreción y de vanidad que son el día de hoy las mayores landres de que la juventud de la Corte está inficcionada. Los ojos de los basiliscos son menos mortales y menos de temer a la vida de los hombres que las ojeadas de los hombres vanos o indiscretos no son de temer a la honra de las mujeres honestas.

XVII-j-Que las más castas son a menudo más sujetas a la detratación

Lo que yo veo de más perniciosa es que las más castas son las que más presto algunas veces son perdidas por esta deplorable vida. Porque la fama no consistiendo, como hace, sino en la opinión que se vuelve fácilmente de buena en mala y siendo lo propio de los ingenios vanos de pegarse a las cosas más levantadas. Desde que una hermosa mujer y que tiene fama de ser virtuosa, ha dejado caer y por ventura sin pensar sus ojos sobre ellos, luego se imaginan que va de los suyos si no hiciesen en creyente a todo el mundo que reciben particulares favores. Haciendo así de sus quimeras una especie de regocijo para persuadir, lo que no se emplean tantos artificios que los menos crédulos y los menos susceptibles de impresiones escandalosas son bien a menudo como forzados de concebir malas dudas. Los que son desta condición a perder así las mujeres son bien perdidos ellos mismos junto dellas y no es menester que esperen nunca sino menosprecios cuando aún de otra parte tuviesen todas las más amables calidades que se podrían imaginar. Tiene otras muchas faltas de que algunas son verdaderamente menos maliciosas y de menor consecuencia que las de que venimos de hablar pero que no las alejen menos de las buenas gracias deste agradable sexo.

XVII-k-Vicios odiosos en la compañía de las mujeres

Generalmente todos los vicios desagradan a las que aman la Virtud, pero particularmente ellas no pueden sufrir ni los maldicientes, ni los blasfemadores, ni los obstinados, ni los disparatados, ni los suficientes, ni como cualquiera destas imperfecciones que sea que atestiguan la tontería del ingenio.

XVII-l-Los maldicientes

Así para decir verdad, ¿qué deben ellas esperar de los maldicientes sino calumnias y un tratamiento tanto más riguroso que su virtud será más resplandeciente?

XVII-m-Los blasfemadores²

¿Y qué respetos podrán ellas esperar de los que menospreciando al mismo Cielo osan a cada palabra por juramentos execrables violar la honra del sacratísimo Nombre de Dios y profanar la gloria desta pura y admirable esencia?

XVII-n-Los obstinados y atontados

Que si ellas aman la dulzura del entretenimiento y las condiciones regocijadas y que hacen divertir, como de hecho ellas hacen, ¿qué pueden hallar en los ingenios obstinados y atontados sino contrariedades y mohínas que les son tan odiosas y tan difíciles a sobrellevar?

XVII-ñ-Los soberbios

Ellas no sufren nada más de buena gana la soberbia destas almas hinchadas de altivez y de vana gloria, que no tiene nunca abierta la boca sino para sus propias alabanzas y para publicar sus hermosas acciones³. Un hidalgo es bien ridículo que no tiene otra cosa que decir mejor y los tales son bien a tenerles en lástima que son forzados a escuchar a menudo. Yo pruebo que haga valer lo que sabe y en que es excelente, pero es menester que sea por los efectos

² Belmas (1980), Walter (1992) y Viswanathan (1995).

³ Castiglione, 1994, II: 38.

antes que por las palabras y sea por encuentro antes que por designio (si se puede) Aunque sea buen danzador no será el que dará lo más a menudo el sarao ni que pondrá la compañía en parecer de desearlo. Pero sin aprestarse y sin hacerse rogar irá como los demás y como a un pasatiempo en el cual no piense tener más ventaja que en cualquier otro en el que se quisiese divertir. Si se hace algún concierto de pelear en el palenque o de correr la sortija, o que se encuentre cualquiera otra ocasión de mostrar cuanto es excelente en todos los ejercicios. Que a buen caballero que sea y cuán diestro se sienta se debe hallar siempre con esta agradable frialdad y se contentará de hacer bien sin dar testimonio de ser satisfecho de sí mismo. El más hábil hombre del mundo cuando se alaba de serlo no es sino un tonto. Nada de todo lo que dice y de lo que hace no agrada a nadie y el desmesiado cuidado que tiene que sean vistas sus buenas calidades y hacerlas parecer agradables no las escurece solamente pero aún las hace importunas. También la vanidad a eso de común con la temeridad que demás que es loca y ciega es aún desdichada y por tanto la modestia me parece la más necesaria de todas las virtudes que entran en uso en la conversación de las mujeres. La mayor parte de las demás no ganan sino su estima pero esta les gana el corazón y acaba lo que tantas sutiles destrezas no han sino comenzado.

XVII-o-Que el juicio es el que da la orden al gobierno de la vida

Después de tantas notas diferentes por la postrera y la más cierta de todas conviene decir que el juicio es el maestro deste Arte y que de su bueno o mal gobierno depende principalmente el suceso de la fin que habemos propuesto. Todas las mejores máximas caen en confusión si no reciben su orden y a las cosas más evidentes no conviene dejar de consultarlo también como a las más enojosas. Pero sobre todo entre las mujeres es como imposible sin su socorro que nuestra estima haga ningún progreso. Porque estando de un ingenio desigual como son, si el juicio no va delante para reconocerlas y si no se

aprende dellas mesmas las cosas que les dan pesadumbre y las que les agradan es muy difícil de hallar nunca el secreto de complacerles. De suerte que no se sabría dar ninguna regla cierta sobre este sujeto a causa de la grande diferencia de los encuentros y de la infinita diversidad de los ingenios. Basta decir que los preceptos que entran en la estructura deste Arte son bien comunes a todo el mundo, de la mesma manera que las plazas y las fuentes públicas. Pero que los sabios se saben servir y acomodarlos a su uso particular cada uno según su porte a la profesión en la cual se emplea. En fin para concluir esta narración acabo después de todo que para hacer un Hombre-honesto y cumplido conviene que tenga tantas y tan eminentes perfecciones que las cosas las más difíciles le sean fáciles y que haciéndose en alguna manera admirable a todo el mundo no tenga el mesmo ningún sujeto de admirar a nadie.